

6 DE LA PERICORESIS TRINITARIA A LA COMUNIÓN DE LOS HOMBRES

DOI: 10.22199/S07198175.2009.0002.00006

Carlos HALLET, S.J.

Resumen

Hablar de la Santísima Trinidad es difícil para el cristiano. También lo es para los teólogos. La palabra 'Pericoresis' (que viene del griego) busca ayudar a comprender la compenetración de las personas de Trinidad entre sí. Pero no podemos olvidar que el hombre es imagen de Dios. La misma palabra 'pericoresis' ayuda a expresar las relaciones mutuas entre los hombres. Sentirse hermanos, dejar lugar a los demás con humildad, respetar diferencias, es parte indispensable del sentirse cristianos. Pero también es un camino que deben recorrer todos los hombres de este mundo y todos los organismos internacionales.

Palabras claves: pericoresis – Trinidad – globalización – imagen de Dios.

Abstract

It is difficult for Christians to speak of the Most Holy Trinity. That is also true of theologians. The term pericoresis (from the Greek) attempts to capture the interconnectivity of the persons of the Trinity among themselves. But we must not forget that man is the image of God. The same word, pericoresis, helps to express mutual relationships among human beings. An indispensable part of feeling Christian is to feel like brothers and sisters, respecting differences and with humility. But this is also a road that all humankind and all international organizations must follow.

Keywords: pericoresis – Trinity – globalization – image of God

Para los cristianos, el punto de partida de una reflexión sobre Dios y lo que hay en Dios radica prioritaria y esencialmente en lo que Jesús ha revelado. Cuando afirma que el Padre y el Hijo son uno (*Juan 10, 30*), que quien lo ve, ve al Padre (*Juan 12, 45; 14,9*), que él está en el Padre y el Padre está en él (*Juan 14, 10-11; 17,21*), no solamente recuerda que Dios es Padre, sino que revela la existencia de una relación fundamental, completa y absoluta entre él y el Padre.

Lenta elaboración de una doctrina

Los creyentes, al meditar estas declaraciones y al reflexionar sobre ellas y otras que se refieren al Espíritu Santo (*Juan 14, 16; 15,26; 16,13-14*), llegaron a la conclusión de que, si bien Dios era un solo Dios, no era solitario: era un ser infinitamente superior, Creador amante de su creación, pero además en sí mismo era Amor, Amor infinito de una fecundidad y de una riqueza interiores tales que no podían ser aquéllas de un ser uniforme y sin relaciones, la divinidad no podía ser sino plural e interpersonal. Las palabras de Jesús indicaban con claridad que Dios era Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Desde los primeros tiempos, fueron rechazadas las ideas peregrinas de aquéllos que decían que los Tres eran simples modalidades o incluso meras representaciones de la única esencia divina. Tampoco se admitió que el Hijo y el Espíritu Santo fueran considerados como inferiores al Padre. El primer Concilio de Nicea, en 325, afirmó solemnemente que el Hijo tenía la misma naturaleza que el Padre. El primer Concilio de Constantinopla, en 381, declaró la divinidad del Espíritu Santo. Para San Agustín (354-430) era evidente que hablar de personas respecto de la Trinidad es una forma humana de hablar a falta de otra, ya que nuestro lenguaje, cuando se refiere a Dios, está siempre deficiente, esto añadido al hecho de que la Trinidad es un misterio inexplicable para la sola razón humana. El Concilio de Calcedonia, en 451, validó el uso de las palabras "sustancia" y "esencia" para hablar de Dios y reconoció la equivalencia entre la palabra latina "persona" y la griega "hypóstasis" para hablar de las tres Personas.

Con el tiempo aparecieron más explicitaciones, que se pueden resumir de la siguiente manera. El Padre es origen sin origen de su propia esencia (J. Ochagavía), ha engendrado desde siempre al Hijo, que es Dios por el Padre e igual a él en todo. El Espíritu Santo no es ni engendrado ni creado, sino que procede del Padre y del Hijo. En Dios, todo es uno, pero existe una distinción real entre las Personas, distinción fundada únicamente en sus relaciones mutuas. Las tres Personas actúan fuera de sí mismas de manera inseparable, aunque se atribuye una “propiedad” a cada Persona, por ejemplo, la creación al Padre, pero de hecho la creación es una acción común a las tres Personas.

La pericoreisis dentro de la Trinidad.

Otra enseñanza importante que aparece desde los primeros siglos es aquélla que se refiere a la mutua compenetración activa de las tres Personas. San Juan Damasceno (676-749), en su tratado *De fide orthodoxa* (I, 8), la llama “perichoresis”, término que los teólogos latinos tradujeron por “circumincessio” (San Buenaventura) et “circuminsessio” (Santo Tomás de Aquino). Estas palabras, especialmente “perichoresis”, traducen las ideas de moverse, danzar en forma envolvente, penetrar, hacer espacio, ceder el lugar, pasar el uno en el otro y contener.

La pericoreisis expresa la interpenetración de las tres Personas, su forma de habitar las unas en las otras en la perfecta unidad de una sola y misma substancia, pero sin que ellas sufran alguna alteración. Están íntimamente unidas en una inmanencia recíproca sin absorberse mutuamente. Viven un intenso compartir dentro de una intercomunidad personal substancial en el respeto total de sus diferencias. Se compenetran, están integradas las unas con las otras inseparablemente, se aman sin límites y de una manera totalmente libre, sin que haya cambio de lo que cada una es y sin ninguna sombra de dominio o de subordinación. Las tres son iguales en dignidad, aunque con designaciones distintas. Las relaciones las diferencian, pero sin que se produzcan cambios. El Padre no se transforma en el Hijo y éste no se confunde con el Espíritu Santo. Cada uno, con su identidad propia, vive en los demás en una íntima comunión y fecunda entrega. El Concilio de Florencia (1438-1445) precisa que, en razón de la unidad fundamental que es la de Dios, “el Padre está totalmente en el Hijo, totalmente en el Espíritu Santo; el Hijo está totalmente en el Padre, totalmente en el Espíritu Santo y el Espíritu Santo está totalmente en el Padre, totalmente en el Hijo”. Los han comparado con tres llamas reunidas en una sola (cf. R. CLÉMENT). En esta unidad perfecta, el intercambio, que produce la comunión, se realiza en una completa alteridad y una armoniosa y fecunda complementariedad.

El teólogo W. J. Hill recuerda que “perichoresis” sugiere una danza, un compartir alegre en la libertad; en Dios, dentro de una relación de amor fecundo (HILL, 272). Por su parte, Catherine M. La Cugna, insistiendo en el dinamismo de la coreografía, explica que hay cooperación en el movimiento, que cada persona que baila se expresa a sí misma y al mismo tiempo se realiza junto con otra: se da una interacción fluida de encerramiento, de envolvimiento armonioso. En la Trinidad, no hay ni actor principal ni seguidor, sino actores llevados por un movimiento eterno, que es un dar y recibir recíproco. Esta danza divina expresa la esencia y la unidad del Dios que es Vida eternamente (LA CUGNA, 271).

Esta realidad dinámica que es la pericoresis, los griegos la concebían también como un verse el uno en el otro de tal manera que algo se da al otro sin lo cual él no sería lo que es: no habría paternidad sin hijo ni filiación sin padre. El conjunto de estos aportes específicos constituye la perfecta unidad del Dios trino, unidad que surge directamente de las relaciones íntimas entre las Personas. Hay interdependencia en la libertad y ésta permite que cada Persona sea sí misma. La Persona se define a partir de sus relaciones con las demás y no se entiende sino en unión con las demás. Hay unión tan perfecta que se llama unidad, sin embargo, por el amor cada Persona es libre y misteriosamente autónoma dentro de una “asociación íntima y una comunión activa” (D. BJORK).

La pericoresis humana

Todas las obras contienen la impronta de su autor. En el conjunto de la creación está la huella divina, en particular en el ser humano hecho a imagen de Dios (*Génesis* 1, 26). Dentro de una visión cristiana, no cabe duda que la humanidad está marcada por una característica de origen divino: la pericoresis. Las íntimas relaciones mutuas que constituyen la unidad de la Trinidad tienen sus reflejos y, podríamos decir, sus paralelas en la constitución de la humanidad. Cada ser humano, por el simple hecho de existir, está llamado a participar a la construcción de una pericoresis que sea cada vez más imagen de la pericoresis divina y la humanidad entera tiene como vocación caminar hacia la realización de una comunión de la cual se sabe que no será perfecta antes del final de los tiempos, por ser, de por sí, obra a asumir nuevamente por cada generación y a causa del pecado que no cesa de obstaculizar la unión.

Tanto a los creyentes como a las Iglesias a las cuales ellos pertenecen, les toca vivir en función de su misión: contribuir constantemente a la realización de la

unidad que Jesús pide en una de sus más profundas oraciones. “Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros” (*Juan 17, 21*). La meta es clara y la asistencia del Espíritu Santo está asegurada (*Juan 14, 27; 15, 26; 16,7-8; etc.*). La mejor forma de trabajar a la realización de la pericoresis humana es la imitación, con la ayuda de la gracia divina, de lo que viven las tres Personas. La Biblia y la teología nos enseñan que ellas son eternamente activas. Jesús mismo nos dice que su Padre siempre trabaja y que él también trabaja (*Juan 5, 17*). En Dios no hay inercia ni paro. No hay interrupción ni cansancio en las relaciones que unen a las tres Personas. Así tanto cada creyente como cada Iglesia debe moverse para dedicarse al intercambio y a la entrega mutua, sea por medio de obras específicas, por ejemplo de ayuda al prójimo, sea por un aporte a la reflexión sobre las realidades que influyen sobre las relaciones humanas y sobre la calidad espiritual de las mismas, sea por cualquier otro medio de orden espiritual como la oración o la ascesis. Moverse significa también hacer espacio para que los demás puedan desarrollarse y realizar su propia misión sin obstáculo ni estorbo. Hay que saber ceder el lugar a quienes lo van a aprovechar mejor y ampliarlo para que quepan otros. Nadie ni ningún grupo pueden quedar excluidos de la comunión. Todos, a la larga, deberán ser integrados, pero cuanto antes, mejor, para aunar al máximo las fuerzas y con energía enfrentar el mal y combatir los ataques dirigidos contra la unión. Se trata de luchar contra las potencias oscuras que, en forma destructora, aunque a veces escondida o solapada, trabajan contra la unidad, suscitadas por el egoísmo, la codicia o la soberbia.

Dejar el lugar a los demás, actitud fundamental de humildad, supone al mismo tiempo respetar la identidad y la dignidad de cada uno, sin tentativa de dominio ni deseo de subyugar. Cada cual debe promover la libertad y la autonomía de los demás y tratarlos con el máximo de amor en el respeto de las diferencias. Respetar las diferencias está lejos del deseo de centralizar a ultranza, de uniformizar las costumbres y los pensamientos, sino que por lo contrario es dar la oportunidad de apreciar las riquezas que ofrecen los otros y de gozarlas.

Del trabajo realizado entre todos a partir de las diferencias, resultará una complementariedad armoniosa y fecunda, vivida y ejercida en la reciprocidad del amor. La puesta en común de los sentimientos y de las ideas que acompañan una obra realizada en la unión y la concordia, sin otra subordinación que aquella de todos a la construcción de la pericoresis, exige diálogo continuo, intercambio recíproco en la alegría y el respeto, dentro de una intercomunión creciente.

En esta pericoresis “in fieri”, inspirada y dinamizada por el Espíritu Santo, ha-

brá una progresiva compenetración de las almas, cada persona conservando su identidad y creciendo en grandeza y santidad gracias a la entrega y a los dones hechos a los demás así como a aquellos recibidos de parte de ellos. No habrá ni confusión ni erosión de las personalidades, sino que cada cual crecerá conforme a lo que es y de acuerdo a su vocación personal. Habrá intimidad, pero completa alteridad, lo que permitirá un crecimiento en la libertad y en el amor.

Una de las características de la pericoresis, la reciprocidad, se vive en particular en la amistad y en la unión conyugal. La amistad, que parece haber sido vivida por los más virtuosos de todos los tiempos, ha recibido el sello divino más explícito cuando Jesús dijo a sus discípulos: "los llamo amigos" (*Juan 15, 15*). En cuanto a la comunión de los esposos, que San Pablo relaciona con la unión de Cristo con la Iglesia (*Efesios 5, 32*), es participación directa en cuanto sacramento de la pericoresis divina. Así, poco a poco se tejen en el mundo, a través de tantas relaciones, la pericoresis deseada e inaugurada formalmente por Jesús.

Falta mucho camino por recorrer. Sin embargo, a nivel del conjunto de la humanidad, muchos avances de la civilización y de la cultura van en el sentido indicado por el Padre Teilhard de Chardin y que no es sino el de la pericoresis que Dios va guiando al inspirar a los creyentes y a los hombres de buena voluntad para que trabajen por la verdad, la justicia y la paz, valores fundamentales e indispensables para la realización de una humanidad que sea imagen de la Trinidad.

Los organismos internacionales.

Junto con la pericoresis vivida por los creyentes y las Iglesias, existe en el mundo, desde la mitad del siglo XX aproximadamente, una toma de conciencia progresiva de un movimiento creciente de interrelación global. Se ha multiplicado el número de organismos internacionales intergubernamentales que favorecen el intercambio y la ayuda entre los países. Numerosos son los organismos de cooperación y de integración dedicados al desarrollo social, a la educación del niño, a la promoción de la mujer y a la lucha contra su discriminación, a la protección de los refugiados, a la prohibición de las armas atómicas. Otros conciernen el desarrollo humano, económico, agrícola e industrial, el desarrollo sustentable, la alimentación, la bioseguridad o calidad de vida. Salud, educación, seguridad social, hábitat, energía, medio ambiente, cultura, trabajo, ciencia, tecnología, telecomunicaciones junto con la justicia, los derechos y los deberes del hombre, la democracia y la propiedad intelectual son otras de sus preocupaciones. Tienen como objetivos

principales cooperar al mantenimiento de la paz y de la seguridad, a la mejora de la calidad de vida de las naciones y al fomento de relaciones amistosas entre ellas.

Muchos de los organismos no gubernamentales (ONG), los cuales se han multiplicado desde 1990 hasta ser más de 3.000 en el año 2010, trabajan también por el bien público, pero de manera independiente. Un cierto número de ellos se caracterizan por un espíritu desinteresado y una acción de solidaridad internacional.

Entre ellos, algunos son grupos de presión política con metas humanitarias, otros realizan programas de apoyo en materia de educación o de caridad, otros son especializados en ayudas de emergencia en lugares donde hay conflictos armados, otros trabajan por un desarrollo a largo plazo, en el cultivo de las tierras, el tratamiento de las aguas, la construcción de carreteras. Lucha por la prohibición de las minas antipersonales y supervigilancia del respeto de los derechos humanos son otros campos donde se reconoce su trabajo efectivo y su importancia.

En todos estos organismos internacionales, trabajan muchos creyentes en unión con personas que se dedican a promover la unión y el compartir entre las naciones. Todos cooperan a la pericorensis, que es el plan de Dios para la humanidad, la realización del deseo de Jesús cuando rezaba: “Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros”.

Charles HALLET SJ

Profesor emérito

Universidad Católica del Norte

Challet4@gmail.com

Bibliografía.

D. BJORK, *Sur le chemin de l'unité : quelques observations d'un protestant évangélique vivant au milieu des catholiques latins*, Saint Rémy, 2006.

R. CLÉMENT O.C., *Au nom du Père et du Fils et du Saint-Esprit*. In : *Esprit et Vie*, nº 106, mai 2004, p. 38.

H. DENZINGER-P.HÜNERMANN, *El Magisterio de la Iglesia*, ed. Herder, Barcelona, 2000.

S. JUAN DAMASCENO, *De fide orthodoxa*. MIGNE, *Patrología Griega*, T.94.

W. J. HILL, *The Three Personed God: the Trinity as a Mystery of Salvation*, Washington, DC, Catholic University of America Press, 1982.

C. M. LA CUGNA, *God for Us: The Trinity and Christian Life*, San Francisco, CA, Harper, 1991.

WIKIPEDIA, *Organismes internationaux, Trinité chrétienne*.